

0137-97160

PQ 2623

.I4

M5



FONDO
PEREZ MALDONADO

ES PROPIEDAD



CAPÍTULO I

...Mamá dobla el pliego de papel, lo incluye en el sobre color malva, cierra el sobre, escribe la dirección y vuelve la pluma al tintero. Una vez más un pedacito de papel emprende su carrera por el mundo entre tantos otros, portadores de dicha ó malandanzas. Como él los hay á millares y todos los días, sin interrupción, circulan por la vasta tierra, la envuelven en una especie de red, establecen vínculos entre las pobres criaturas esparcidas por el globo, las pobres criaturas tan aisladas, tan desamparadas, tan débiles...

¡Oh, sí tan débiles! Como si el esfuerzo de escribir la hubiese agotado, ó como si el haber anunciado una vez más la dolorosa, la terrible decisión hiciese más próximas las duras perspectivas

del porvenir, mamá se abandona en su sillón, apoyada la cabeza contra el respaldo, caídas las manos sobre las rodillas. Parece que todo impulso haya muerto en ella. Los rasgos finos de su semblante, de continuo algo desmayados, lo están más que nunca. Su labio inferior tiembla y la mirada azul-gris de sus dulcísimos ojos vaga con angustia alrededor de la pequeña habitación. ¡Todo! ¡Tendrá que abandonarlo todo!

Creyó haber llegado al término de su destierro. Ya no tendría que volver á separarse de los seres amados que la rodeaban, de todas las cosas íntimas que llegan á formar parte de uno mismo; ya no tendría que abandonarles para marchar á tierras extranjeras, tierras de angustia donde todo aparece desconocido y misterioso, hasta las estrellas que relucen en el cielo tranquilo de las noches. Pero no: debe todavía emprender la vida errante: debe partir... Los dedos de mamá se contraen, se crispan sobre el vestido. Siente ansias de llorar. ¡Oh, si pudiera sentirse acariciada, protegida contra las amenazas del porvenir, y también contra el abatimiento que emerge de su propio ser! Con suplicante mirada contempla los añosos muebles alineados en las paredes de la habitación. Ayer le parecían feos, desusados; hoy los mira como

á antiguos amigos provincianos, algo anticuados, un tanto ridículos, pero de tal bondad y excelencia que fuera ingratitude renunciar á su compañía.

El floreado papel que tapiza las paredes fué renovado este invierno. Se fijó para dentro de quince días el cambiar los cortinajes de los balcones ¿Qué importancia tiene ahora todo eso? ¡Ninguna! No hay más remedio que romper con todos esos lazos tan fuertemente anudados. Lejos, muy lejos está la tierra extranjera, la tierra azorante, casi salvaje, donde probablemente no terminará el destierro; quizás aún sea necesario abandonarla por otras regiones más lejanas, más bárbaras... Mamá no puede contener un gran suspiro, un suspiro tan profundo, que Minnie, sin interrumpir sus juegos, ni volver el rostro, exclama en tono de amistosa reconvencción:

—¡Oh, mamá, como suspiras! ¿Habrás comido demasiado?

Mamá no se apresura á contestar. Pensativa contempla á su hijita, quien sentada en el suelo, frente á sus muñecas, juega con ellas. Tiene seis; alineadas están contra la pared escuchando la lección. La primera es manca, la otra tuerta, y una tercera, completamente calva, tiene hundido el cráneo. Pero Minnie, arrugadas las cejas, es una

maestra de escuela á quien no enternece la mayor desdicha. A media voz interpela á sus discípulas, las reconviene, las estimula ó las corrige. Ninette es una perezosa y será castigada. Rita no está en adecuada postura; de un manotazo Minnie la endereza, sacude sus faldas y la vuelve á las filas. Pero Lolotte tiene *pupa en la cabeza*; Minnie la toma maternalmente en brazos, la arrulla suavemente y le canta una canción de cuna. Su pequeña nariz redonda, que Minnie frunció un instante para mostrarse más terrible, ha vuelto á su estado normal. Con infinitas precauciones mima á la paciente, la estrecha contra su mejilla de rosa y cubre de besos su frente untada. Un rayo de sol inflama los dorados bucles de Minnie. Parece un angelito aureolado que lleva en el regazo á una criaturita enferma.

Oyese la voz de mamá:

—Cuanto tu muñeca esté curada, Minnette, ven y te daré una gran noticia.

¡Una gran noticia! Lolotte va á parar de bruces contra el suelo. En dos saltos Minnie se aleja de su escuela. Desapareció el angelito. La desenvuelta niña que está erguida ante mamá tiene marcado su lugar en este mundo y sabrá conservarlo. Bajo sus mezclados bucles, sonríe una hermosa cara redonda en la cual relucen dos ojos muy azules.

La nariz, suavemente achatada, se dilata con fiereza en mitad del rostro. La barba resalta donosamente. Enderezándose sobre sus piernas Minnie interroga con volubilidad:

—¡Una gran noticia! ¿Qué noticia?

Y puesto que mamá no se da prisa á contestar, Minnie precipita inocentes suposiciones: ¿Qué, ¿han encontrado el gatito? ¿Trajeron bollos para postre? ¿Dickeys ha puesto un huevo ó se ha muerto alguien? ¿Carolina la cocinera encontró novio? ¿Papá quiere comprar un hermanito? Mamá mueve negativamente la cabeza. Pues si ninguna de estas suposiciones—las únicas que á uno se le puedan ocurrir—da en el clavo, Minnie se declara vencida. ¡Ea! ¡Que hable mamá, pero pronto! ¡Minnie está impaciente!

—Pues bien, vamos á marcharnos.

—¿Marcharnos? ¿A dónde? ¿A Royan? ¿A Arcachón? ¿Acaso á Biarritz?

—No, Minnie, mucho más lejos.

¿Mucho más lejos? Los ojos de Minnie se agrandan, sus labios se entreabren, se encienden sus mejillas. ¡Oh! no se tratará de volver á aquel hermoso país de antaño, cuya memoria vive en sus sueños dorados y que se le aparece como una especie de Edén radiante del cual hubiese sido desterrada. ¿Van á ir al Brasil?

¡Oh, no! ¡No, afortunadamente! Con un ademán de horror, mamá aparta de sí tal pesadilla. ¡El país de las fiebres, de los mosquitos, de todas sus cuitas! No, no se trata de volver allí. Deben partir para Constantinopla, donde papá ha de construir un puente; y quizá vayan más allá, hasta el Asia Menor.

—¿Constantinopla? ¿Asia Menor? A pesar de los esfuerzos de la señorita Bedaumine, su institutriz, las nociones geográficas de Minnie permanecen vagas. La indecisión marca una arruga en su frente. Se siente algo contrariada... Creyó que se trataba de ir al Brasil... ¿Entonces debe de estar muy lejos Constantinopla, más lejos que Biarritz ó que París? ¡Pues claro que sí, tontuelal! ¿Acaso Minnie ha olvidado ya el libro tan bonito de vistas que le regaló el amigo Gouf, donde se ven turcos con yataganés y largas pipas, mujeres con vellos, camellos, caravanas, minaretes de agudas cúpulas y el ancho golfo de resplandecientes aguas, lleno de caiques y vapores? ¡El Cuerno de oro!

¡El Cuerno de oro! El recuerdo del mágico nombre disipa instantáneamente las brumas que oscurecían el entendimiento de Minnie. Bruscamente, más allá de las mediocres coloreadas vistas que le regalara el amable Gouf, descubre la tierra de Oriente, el mar incom-

parable que la baña, los vestidos policromados, las almeas y los derviches: una vida maravillosa, hirviente, tan distinta de la que ella conoce... Y, abrasando los seres y las cosas, el sol, el sol tórrido y magnífico que doró los cabellos de su tierna infancia... Todo esto contempla Minnie con ojos maravillados. Aspira la luz y los perfumes de Oriente, y juntando las manos, extasiada, murmura:
—¡El Cuerno de Oro! ¡Oh, que feliz soy!

Mamá la contempla con profunda ternura donde aparece algo así como una chispa de enojo. ¡Ah, pobre mamá, del rostro inquieto y marchitos párpados; pobre mamá, tan fácilmente preocupada, tan ansiosa por los pies mojados de Minnie y por los excesos de trabajo de papá! Ojalá tuviese algo de la confianza pueril y del optimismo espontáneo de su hija. ¡Ay! ¡cuán lejos está de parecerse! Y, á pesar suyo, no puede reprimir otro suspiro.

Minnie, sorprendida, mira á su mamá. Es mediocre observadora, pero tiene intuiciones bruscas é infalibles. De pronto vé, comprende: las facciones desmayadas por la zozobra, el labio tembloroso y la lágrima que vacila en el borde del párpado. ¡Pobre mamá! ¡Ella á quien tanto angustiaban los preparativos de la marcha á Arcachón, qué zozobras va á

pasar con el nuevo viaje, con semejante revuelta! Y muy afectuosa, con mimo, algo contagiada por la emoción, y aun protectora, Minnie salta á las rodillas de su mamá, ciñe su cuello con el brazo, acaricia su mejilla con mano que no es precisamente alba (pero en este instante hay que olvidar manías de pulcritud) y con amable tono de superioridad la niña razona, tranquiliza:—Mamá no se inquiete, no se acojoje. Ahí está Minnie, que ya es mayorcita, para ayudarla; preparará las maletas, cuidará de que avisen el coche y tomará los billetes si es preciso.—Mamá apenas sonríe... Sonríe ya decididamente; la cosa mejora. Pero Minnie se indigna y afecta un tono de reconvención. ¿No se la considera capaz de tomar los billetes y de otras empresas mucho más graves? Vamos á ver, ¿de qué negocio no fuera capaz si la dejaran? Pero el mal está en que no la dejan...

Súbitamente, Minnie se interrumpe. Su rostro se puso serio al cruzar una rápida idea por su mente. ¿Y Snap y Fafio, y los canarios? Snap es un perrito «fox terrier», ladrador y bullicioso, el mejor camarada de Minnie; y Fafio es un soberbio papagayo brasileño en cuyas alas relucen todos los fuegos de los trópicos...

¿Obligarán á Minnie á separarse de

ellos? No; papá piensa llevárselos. ¡Alabado sea Dios! ¿Pero y los canarios? ¡Ah, los canarios quedarán confiados á la señora Caminade, la portera; los cuidará con tanto cariño! ¡Hum! Minnie hubiera preferido llevarlos consigo. Pero á buen seguro que en Constantino-
pla habrá pájaros nuevecitos, ¿verdad? ¿Y luego, á la vuelta, se los devolverán? ¡A la vuelta! Mamá levanta los ojos al cielo...

Veamos; Minnie no pretenderá cargar con todos sus juguetes; no, se le permitirá llevar algunos, los menos voluminosos. Los demás los repartirá entre sus amiguitas... ¿Como recuerdo? Minnie preferiría que la olvidaran y conservar sus juguetes. No es que sea avariciosa, es que tiene el instinto de la propiedad. Pero vaya, hay que mostrarse razonable... Se le ocurre una transacción:

—Mira; daré en recuerdo todos los que están viejos y rotos, y me llevaré todos los demás.

Palmoteó satisfecha. Así podría alabarse de muchos actos de generosidad, sin que le costaran gran cosa. Y ¿quién sabe el provecho que iba á sacar de sus liberalidades? El año pasado, al marchar Luisa Guerin, la señora Darland, madre de Julieta, le regaló un precioso cubierto de bolsillo. ¡Un cubierto de bol-

sillo! Los ojos de Minnie brillan de codicia; Minnie murmura con profundo acento, un tanto gazmoño:

—El elefante que solo tiene dos piernas rotas, se lo doy á Julieta, porque la quiero mucho.

Y, sin perder tiempo, Minnie se apresura á tomar sus disposiciones testamentarias. Apenas conformada, la perspectiva de sus larguezas la enorgullece. Su situación de bienhechora universal le proporcionará un prestigio enorme. En sus adentros siente una gran vanidad y admiración por sí misma. Veamos. A Margarita le destina dos muñecas; á Susana, solo una. Minnie le dirá que si se hubiese portado más cortesmente el día del paseo en borriquillo, también ella hubiera obtenido dos muñecas. Así aprenderá... Minnie saborea la satisfacción, hartamente, pero sentimental, de hacer con sus donativos, además de algunos afortunados, un buen número de celosos.

Pero, de pronto, exclama en tono de alarma:

—¿Y mi museo, mamá?

—¡Oh! tu museo...

—Por Dios, mamá...

Minnie junta las manos en apasionada plegaria. Mamá, cuyo primer impulso era el de la rotunda negación, vacila. Cargar con semejante armatoste ¡qué

ideal Pero el rostro de Minnie se ha ensombrecido, hay en su inquietud algo que mamá no comprende. Afortunadamente llega papá.

—Papá decidirá.

Minnie corre hacia él con los brazos abiertos y se le cuelga á la cintura.

—¡Papá, querido papá! ¿Verdad que me permitirás llevar mi museo á Constantinopla?

Papá toma á la niña entre sus brazos y mira sus llameantes ojos. Y, en intenso contraste con los pasajeros caprichos de Minnie, descubre en ellos una expresión de ardiente súplica. No, no es puro antojo lo que revelan; es una de esas ansias que brotan del fondo de su dulce alma infantil, que á menudo se muestra tan indecisa, algunas veces ya tan decidida, y en la cual existen tantos gérmenes delicados que fuera crueldad destruir.

Y papá dice en tono muy grave, para que Minnie aprecie la importancia de su concesión y para que vea que su papá ha sabido comprenderla y que, en aquel momento, le habla como á una persona mayor:

—No tengo ningún inconveniente, Minnie; puedes llevar tu museo.

—¡Bravo!

Minnie oprime violentamente, muchí-

simas veces, el estómago paternal y exclama:

—Voy en seguida á embalarlo.

Y mientras papá se sienta al lado de mamá, toma entre las suyas su mano blanca y fina y empieza á hablarle á media voz, Minnie, atareada, lleva arrastrándolo hasta el baúl, un gran cofre donde guarda sus juguetes; desparrama el contenido por el suelo, y con infinitas precauciones ordena, una por una, con ágil mano, cuidadosa y dulce, las singulares piezas que constituyen su museo.

Clasificándolas por su origen pueden dividirse en dos categorías.

Unos son juguetes ó fragmentos de juguetes viejos. No presentan más que un rasgo común: el de ser en general muy mellados y antiestéticos. El método que presidió á su elección es obscuro. Nadie sabe por qué causa entre el copioso número de regalos con que fué obsequiada Minnie, algunos fueron conservados con religioso cuidado, mientras la inmensa mayoría cayeron tan presto á la fosa del olvido. De un corral de cartón piedra sobrevive un cerdo cojo. De un servicio completo de té, regalado á Minnie cuando ésta contaba dos años, subsiste una taza mellada. Un portamonedas agujereado, con una pieza de diez céntimos completamente nueva,

una cabeza de muñeca de cabellos rubios apolillados, los dos caballos negros de un juego de ajedrez, figurados por verdaderos osos, y una minúscula rana de bronce se cuentan entre los números más preciosos, tienen carácter sagrado. Minnie los excluye del juego. Minnie presta sus juguetes—algunas veces á regañadientes—á los amiguitos; pero nunca se desprende de aquéllos: únicamente los enseña, y aún esto con especial cuidado. Cierta día, para enfadarla, la señora de Gerle pidió á Minnie una de las piezas de ajedrez, luego pretendió comprársela; porfió en ello ofreciéndole una gruesa moneda de plata y aún dos. Minnie, enervada, acabó por tirárselo todo á la cara y rompió en sollozos. Si le preguntan por qué tiene tanta afición á su museo, no puede precisarlo. Y mamá, á su vez, también se vé apurada para explicarlo, pero papá, mejor psicólogo, lo sabe. Minnie creó su museo por lo mismo que los primeros hombres crearon sus dioses; por necesidad de situar fuera de sí mismos lo que de mejor y más vivo había en ellos. La colección de sus chucherías descabaladas, concentra todo lo que hay en ella de tradicionalismo. Cada una supone algo de su alma. Forman parte de ella. Son los mágicos fundamentos en que se apoyan todas sus acciones.

Sin embargo, en la colección solo ocupan el segundo rango. El primero está reservado á las «curiosidades». Minnie tuvo la desesperación más grave de su infancia un día en que la torpe mano de una criada rompió una de las dos conchas que su tío Amadeo le había traído de Java. Afortunadamente subsiste la otra, intacta, reluciente, sobre lecho de algodón. Además, hay otras piezas más raras, de numerosas y variadas formas. Hay animales hinchados de paja... La más linda pieza es el sapo gigantesco, negro y pustuloso, que no es posible contemplar sin cierto terror. Hay también dos colibríes y un lagarto. Y la astilla de una flecha lanzada por un antropófago en el centro de Africa. Y una piedra listada de oro, que le trajo papá de su larga excursión por el Amazonas. Y fragmentos de guijarros innominados, de ruinas informes, cuyo significado solo Minnie conoce. Es una colección inmensa. Son, las «curiosidades», más sagradas, si es posible, que las otras piezas del museo. Apenas si se atreve á tocarlas. Las acaricia con la mirada. Las adora. Minnie, que destroza todos los juguetes, no ha ajado ni una sola «curiosidad.» Minnie, á quien cansan diez minutos de lectura, se pasa una hora contemplándolas.

¿Por qué? Porque las historias que relatan las curiosidades son mil veces más arrobadoras que todos los libros. O mejor dicho, no son historias. En los libros, los autores ignorantes acumulan invenciones mediocres y complicadas; mientras que á las curiosidades basta con mirarlas, con escucharlas: lo que de ellas emerge es algo tan vivo, tan verdadero, tan íntimo y maravilloso, que no hay palabras que acierten á expresarlo.

Esta cáscara de coco, por ejemplo, negra, sucia y rugosa, con los fragmentos de corteza y los filamentos que lleva adheridos, evoca á los maravillados ojos de Minnie el país prestigioso donde pasó su tierna infancia.

Se la ofreció un negro gigante; tenía el cabello lanoso; Minnie se la arrebató con ambas manos, y al negro se le hinchó la repleta boca hasta las orejas. Era el marido de la buena Julia, una mulata, nodriza de Minnie. ¡Oh! harto la recuerda la niña. Parecía un simio de madrás amarillo.

Puede que esto no sea precisamente un recuerdo, pero es lo cierto que Minnie la vé cada vez que contempla la cáscara mágica. Vé á una Minnie menudita, rosada, medio desnuda bajo un inmenso sombrero de paja, á una Minnie que titubea entre una crasa mujer de

cutis de alajú y un corpulento negro cuya risa inextinguible descubre una resplandeciente dentadura. Usan un lenguaje extraño y balbuciente, con entonaciones infantiles; saben canciones deliciosas, muy alegres y melancólicas, y sus garras de diablos son suaves y dulces cual dedos de hada. Ve un inmenso parque donde hay verdes plantaciones extraordinarias que se encaraman sobre las cabezas formando inextricables follajes de palmas monstruosas. A su alrededor se abren y resplandecen flores colosales, espléndidas flores de ensueño. Las pupilas se dilatan. Las hay doquiera y hay además otras maravillas. Esas, que relucen sobre las aguas de los estanques, son fulgurantes peces de oro. Las que cantan, son hechiceros pájaros en cuyas alas resplandece el arco iris. Esotras que vuelan, son mariposas de esmeralda y zafiro que pasan rápidamente deslumbrantes, luego se dirigen hacia la cima de los árboles, toman ímpetu y se remontan más alto que los sueños, á la sombra de las cúpulas de ramaje, y en el vaho ardiente del sol. ¡Oh, la penumbra embriagadora, estremecedora, halagüeña, de aquellos olorosos follajes, la penumbra asfixiadora hasta la congoja! ¿quién se la devolverá á Minnie? Y ¿quién le devolverá el gran sol calcinante, aquel sol que era gema

y áscua, aquel sol cuyos besos hacen pulular vidas lujuriantes é innumerables! Cuántas veces Minnie ha preguntado á su mamá: ¿No volveremos nunca al Brasil? El país de destierro es para ella el país de la gloria cuyo recuerdo aún ilumina sus sueños.

Asimismo las demás «curiosidades» del museo cantan á Minnie las maravillas del mundo. Un sin fin de conchas de variados matices, orígenes y formas, envuelven en sus armoniosas curvas, hacen admirar en su nácar, murmuran con el cuchicheo que dejan sentir cuando se las acerca al oído, los grandes misterios de la naturaleza. Esta prolongada espiral de Ceylán habla de las florestas mil veces perfumadas, de los majestuosos negros, semejantes á estatuas de bronce. Estas menudas conchas encarnadinas, de opaco tono, evocan los abrasados arenales del golfo Pérsico. Redonda, y con variantes luces, la ostra perlífera recuerda la India, sus riquezas y sus horrores, las batallas contra los tiburones y los tigres, el fausto de los rajás y la azorante multitud de templos y de ídolos. Y esta menuda porcelana, bajo su dorso rojizo encierra las tempestades del gran Océano y los remolinos de los mares de la China. Pedro, su primo, la encontró en el bolsillo de su blusa al recobrar los sentidos en la

playa de Formosa, después de la catástrofe del *Bougainville*.

He aquí el museo de Minnie, el que le trae las voces del pasado; el que la pone en comunicación con el gran todo, pero ¿quién podría dar una idea perfecta de su valor? Minnie no podría; pues cuando le preguntan por qué quiere tanto á su museo, permanece callada ó á lo más ensarta disparates.

La propia mamá, no vé el asunto muy claro y mientras que, uno á uno, Minnie ordena sus tesoros en el cofre de juguetes, con papel de seda y taponés de periódicos, mamá explica sus cuitas á papá. Le explica con qué indiferencia Minnie ha aceptado abandonar á Burdeos y á todos sus amigos y á todo lo que conoce. Mamá se muestra algo escandalizada. ¿Acaso su hija no tendrá corazón? ¡En cambio se le inundaron los ojos de lágrimas al pensar que tendría que abandonar su bazar mediocre!

Pero papá no manifiesta la más leve inquietud. El hombre que desee vivir tranquilo no debe dejarse arrastrar por vanas sentimentalidades, debe aprender á deshacerse de ellas para avanzar en su camino. Pero, no obstante, deberá guardar, so pena de impiedad, en un rinconcillo de su alma, las reliquias de su pasado. He aquí porque Minnie está en su perfecto derecho al mos-

trarse alegre ante la perspectiva de abandonar Burdeos; pero en el equipaje que saldrá para Oriente, le corresponde un reducido espacio destinado á su museo.

Y en tanto que sentimental y doliente mamá, por milésima vez, repite sus aprensiones y pide que la fortalezcan papá, tranquilizándola, mira complacido á su hijita; al fin y al cabo la hermosa serenidad de Minnie se debe, indudablemente, á que es una atolondradilla que, preservada por la ternura arrobadora de sus padres no se da cuenta de las necesidades de la vida. Papá, que conserva de la Escuela politécnica el gusto á los sistemas profundamente concebidos, traduce esto en muy diferente forma filosófica: Minnie alimenta por instinto lo que en el sabio supone casi siempre una voluntad reflexionada y laboriosamente adquirida: el desprecio por las trabas del pasado, la confianza en sí misma, la fe en el porvenir. En sus venas corre la sava robusta que hiciera grandes á los hombres y fuertes á los pueblos. Si la humanidad primitiva no hubiese sido como ella, nosotros aún fuéramos errantes y miserables brutos. Las artes, las ciencias y toda la civilización son debidos á que cada siglo ha tenido hombres del instinto de Minnie, que avanzaron con paso firme y alegre, sin preocuparse de

estériles recriminaciones, ni vanas inquietudes.

—Quedó todo arreglado—dice Minnie.—Ya estoy dispuesta.

¡Ya estoy dispuesta! He aquí la palabra del buen campeón en las luchas por la vida, de todo aquel que no se deja sorprender ni derribar por las zancadillas de la fortuna.

Un cuarto de hora es suficiente para liquidar el pasado, sacando de él algo con qué fortificar el corazón y embellecer las eventualidades del porvenir: un cuarto de hora y una maleta de muñeca. Así se salvan los obstáculos, se evaden las rancias fórmulas, y uno escapa á la tiranía de un sinnúmero de cosas, muertas de puro añejas.

Minnie repite:

—Ya estoy dispuesta. ¿Cuándo marcharemos?

¡Cuándo marcharemos! ¡Ah! la pregunta inevitable. Papá y mamá cambian una rápida y ansiosa mirada. Mamá, para eludir dificultades acaso procuraría evitar la explicación, pero papá prefiere las soluciones claras. Cuando es preciso arrancar un diente, si se reflexiona antes se sufre doblemente; papá atrae hacia sí á su hija y en grave tono, pero amable, le explica que se trata de una completa instalación en Constantinopla y que por lo tanto precisa

buscar habitación, muebles, criados... Papá y mamá marcharán solos y luego, un poco más tarde, Minnie irá á juntárseles.

Minnie se estremece, tórnase pálida. ¿Es posible? ¿Van á abandonarla? ¿Cómo? ¿Papá y mamá partirán juntos hacia el bello país de Oriente; hacia los mares luminosos, hacia el Cuerno de Oro y la pobre Minnie quedará rezagada? El sol se ha sumergido, la noche descende. Minnie se siente débil y solitaria en la gran ciudad que va tornándose obscura. Está á pique de romper en llanto. ¿Pero es posible que no le tengan compasión?

No, Minnie no quedará sola. Además, ella será la primera en tomar el tren, pasado mañana; sólo que no saldrá directamente para Constantinopla; antes se detendrá unos días en París.

¿En París? Sí, en París, la ciudad famosa de la cual ha oído con frecuencia tantas maravillas; en París, el de los bellos almacenes, de donde vienen las más preciosas muñecas... Y se albergará en casa de madrina, que la ha invitado como á una persona mayor.

¿Madrina? Sí; ¿acaso Minnie ya no recuerda á la anciana señora que el año pasado estuvo dos días en Burdeos y á quien papá llamaba madrina?... Sí, Minnie la recuerda. Le regaló una cajita de pastillas de chocolate. Era muy anciana,

sus bucles de plata caían rozando sus mejillas. Caminaba lentamente apoyándose en su bastón. Tenía el rostro surcado por una infinidad de pequeñas arrugas y en su presencia uno se sentía un poco intimidado porque madrina tenía un aire muy severo. Pero al reír ponía tan amable talante, su desdentada boca se contraía con una tan graciosa mueca, que daba ganas de saltarle al cuello y abrazarla fuertemente... Se parecía á una de aquellas hechiceras de que hablan los libros, que por su vara mágica pueden parecer terribles, pero que sólo se sirven de ella para hacer surgir de tierra un montón de sorpresas y bombones... ¿Con qué es aquella anciana la que ha invitado á Minnie, sin que apenas la conozca? Evidentemente hay motivo para mostrarse orgullosa.

—Y visitarás París que es la más bella ciudad del mundo, y la torre Eiffel y los Jardines de Aclimatación. Y además, mira, Minnie; te regalaré una moneda de oro para que compres con ella lo que quieras como recuerdo.

¡Una moneda de oro! ¡Es la primera vez que Minnie poseerá semejante fortuna! Por año nuevo siempre le regalan una moneda de oro, pero apenas si las vé el color; las introducen en una especie de alcancía, la Caja de Ahorros. Por lo visto este escamoteo es de ley. Sin em-

bargo no es muy divertido eso de poseer invisibles riquezas. En cambio el poseer una verdadera moneda de oro, tenerla en la mano, disponer de ella como se quiera...

—¿Quién me acompañará? ¿Tú, papá?

—¡Cuántas veces Minnie se ha declarado capaz de ir sola hasta el fin del mundo! Pero en aquel instante siente un miedo terrible de que tomen en serio su proposición, y la idea tan solo, le da una angustia física. Papá no podrá acompañarla, pero quede la niña tranquila que ya le han destinado un buen compañero de viaje. El amigo Gouf se encargó de venir á buscarla y de conducirla hasta los brazos de madrina.

¡El amigo Gouf! El rostro de Minnie tórnase claro y radiante. ¡El amigo Gouf! ¡Qué suerte!

En las afecciones de Minnie el amigo Gouf ocupa un lugar privilegiado. Cuando, hace ya muchos años, volvían del Brasil, en el momento de la llegada, papá y mamá y la pequeña Minnie, empujados sobre un lío de cuerdas, miraban, apoyados en la baranda el muelle cubierto de inmenso gentío, que se acercaba lentamente al paquebot. Había una multitud de personas desconocidas; instintivamente buscaron un rostro amigo. Minnie preguntaba á media voz si Julia, la mulata, iría á su

encuentro. No, Julia, la mulata, no estaba. Pero de pronto, Minnie notó un gran abdomen, chalequeado de blanco y rayado por el oro de una cadena de reloj. Encima del susodicho abdomen veíase una amable cara redonda con escasos cabellos, mejillas coloradas, una cómica barba de cuatro pelos, y encima unos lentes que continuamente se escurrían pero que retenía un cordón cinco veces anudado; y unos lindos ojos azules aporcelanados, muy parecidos á los del bebé nadador de Minnie. Por encima de todo esto se agitaba frenéticamente un pañuelo de bolsillo. Cuando papá lo advirtió, agitó también su pañuelo y con voz enronquecida murmuró: «¡El amigo Geoffroy! ¡No me sorprende de su partel»

Diez minutos más tarde, papá y aquel señor se abrazaban. Y mamá le estrechó la mano, dándole gracias por haber venido. Él farfullaba palabras ininteligibles; varias veces le resbalaron los lentes y los recogió. Como quiera que Minnie no le quitaba la vista de encima acabó por interrumpirse y, sonrojándose, pidió serle presentado. Pero Minnie, con clara voccecita que hizo volver á muchas personas, dijo donosamente:

—Ya le conozco á usted: usted es el amigo Gouf de papá.

Entonces todos los que la oyeron se echaron á reir. Desde aquel momento,

el señor Augusto Geoffroy, antiguo discípulo de la escuela politécnica, ingeniero de minas, es el amigo Gouf. Es el amigo Gouf de papá y de mamá, pero es especialmente el amigo Gouf de Minnie. Mientras vive en París, no pasa mes sin que algún día por la tarde, después de comer, deje de oírse un campanillazo que lleva trazas de tímido. Papá levanta los ojos del diario, escucha y dice en tono de enojo: «De seguro que es este animal de Geoffroy; es imposible lograr que venga á comer.» La puerta se entreabre, pero no llega á abrirse del todo. A pesar de las exhortaciones de la criada, el animal de Geoffroy teme ser molesto. «Puedo volver mañana por la mañana...» Pero papá, levantando la voz, grita: «¡Entrarás!» Sonriente, ruboroso, el amigo Gouf se adelanta desliziándose á lo largo de las paredes con aire inquieto. Y una vez cambiados los correspondientes saludos, después de escuchar las acostumbradas recriminaciones y de haber prometido solemnemente que cuando vuelva comerá con ellos, dirige una mirada oblicua á sus bolsillos, desmesuradamente henchidos, é insinúa á Minnie que mire á su interior. Lo que sale de los bolsillos es increíble. Diríase que ha liquidado un bazar. Pero hay que hacer justicia á Minnie; si el amigo Gouf se presentara

con las manos vacías, ella apenas se hubiera sorprendido. Minnie siente por él una afección desinteresada. La primera vez que le vió—estando ella en el paquebot y él en el muelle—ya la niña se sintió atraída hacia él. El tiempo, solo ha venido á confirmar y á afianzar este espontáneo sentimiento. ¿A qué se debe que el amigo Gouf se haya captado tal simpatía, siendo así que Minnie no tan fácilmente la otorga? No se debe ciertamente á sus larguezas, pues la mayor parte de las veces el amigo Gouf rompió por el camino los valiosos juguetes que comprara, ó se sentó sobre las bombones que tan cuidadosamente escogiera en la mejor confitería. Tampoco se debe á que su conversación sea muy brillante ó á que conozca juegos extraordinarios. Casi podría decirse que es todo lo contrario. En el juego de bolos muestra una tan rara torpeza, que solo halla su igual cuando juega al dominó, y jamás se le ocurrió explicar una historia. Pero tiene tan buena voluntad que todo se le dispensa. ¡Tiene miradas tan amables para con Minnie! ¡Es tan dócil á sus caprichos! ¡Se turba tan fácilmente y se pone tan contento cuando es objeto de alguna demostración de confianza! ¡Es delicioso tener un amigo como él, regordete, á quien se conoce á fondo y es siempre igual, tan comprensible! Minnie varias

veces salió de paseo con él, una tarde entera; él no se cansaba de escucharla, quitándose y poniéndose los lentes; de vez en cuando aventuraba una palabra, y volvían á casa encantados uno de otro. Hacer un viaje en compañía del amigo Gouf es verdaderamente una perspectiva deliciosa.

El rostro de Minnie se dilata.

—¿Vamos, Minnie, te consuela esto?

Minnie hace sus dengues, pero en el fondo se siente consolada. Además, cuando papá decide una cosa son inútiles los lloriqueos y carantoñas. Así que no hay más remedio que conformarse. Pero Minnie no cree prudente consolarse con tanta facilidad. Claro que la propuesta le agrada, pero conviene que no lo declare. Al fin y al cabo si se manifestase demasiado alegre puede que le suprimieran la moneda de oro. Minnie baja la cabeza; suspira dos ó tres veces, dice que se sentirá muy triste al separarse de papá y de mamá, muy triste, muy triste, muy triste... Pero en fin, puesto que no ha de tardar á volverles á abrazar, puesto que la acompañará el amigo Gouf, á casa de madrina, á París, no tiene más remedio que conformarse á fuer de niña dócil.

—¿Marcharemos pasado mañana?

—Sí, pasado mañana.

Conviene no perder ni un instante.

Sólo le queda el tiempo preciso para repasar sus juguetes, escoger los que quiera llevar consigo y distribuir los restantes. Minnie abre su armario, vacía en el suelo su contenido y se absorbe, atareada, en el reparto de sus bienes mobiliarios. Habla consigo misma á media voz, discute, vacila, y luego, cuando ha tomado una decisión, palmotea y estalla su risa al figurarse la alegría de sus favorecidos ó la decepción de los celosos.

Inmóviles en la sombra que desciende, papá y mamá la contemplan en silencio, abandonados á sus pensamientos. Mamá recuerda el tiempo, muy próximo aún, de su mocedad tan nerviosa y mezquina. Recuerda sus cuitas en vísperas de terminar las vacaciones; recuerda algunos viajes, efemérides que traen á su memoria la fugacidad del tiempo. Recuerda sus terrores ante el porvenir, el espanto que cada noche, por espacio de un año, la atormentara al pensar que llegaría á ser mayor, que debería de abandonar la casa materna, que quizás se casaría y tendría hijos á quienes educar... Y aun hoy, á pesar de la inmensa ternura de su esposo se siente azorada, llorosa, inquieta...

Los pensamientos de papá no son muy opuestos á los suyos. También él recuerda las aprensiones de su infancia,

disimuladas por el orgullo, pero agobiadas y harto dolorosas. Solo á fuerza de una voluntad consciente ha podido formarse una nueva educación moral, logrando así aceptar la vida tal cual es. Su esfuerzo educativo contó con algunos colaboradores. Entre los retratos de los magistrados de peluca y los eclesiásticos de alzacuello, tiene arriba, en su gabinete, el de su tío-abuelo Juan Pedro. Con el pelo raso, el cuello libre, vistiendo una especie de tricot rojo y blanco, el tío-abuelo conservó en la familia renombre de mal sujeto. En lugar de entrar en el seminario, sentó plaza de marino; después de mucho tiempo ascendió á capitán, y fué muerto de un metrallazo en las guerras de la Revolución, en las cuales se batía contra los ingleses. Un día, el amigo Gouf, mirando el retrato de tío-abuelo, dijo tímidamente: «Tiene cierto parecido con Minnie.» Era verdad. Minnie tiene cierto parecido con el tío-abuelo: heredó su barba saliente, la resplandeciente franqueza de sus ojos azules. Por capricho del destino, á través de las generaciones, unas gotas de la sangre del aventurero reviven hoy en la descendiente de aquellos correctos caballeros, vestidos de negro y de aquellas damas de caídos párpados que fueron sus esposas.

Pero papá, para educar á Minnie,

tuvo otro colaborador. Su infancia no se decoloró en las obscuras ciudades corrompidas. Minnie respiró un aire distinto del aire condensado, lerdo, insípido de la vieja Europa. El gran sol de los trópicos la animó con su llama. Minnie es una espléndida florecilla que el astro alimentó con sus rayos y nimbó de oro.



CAPÍTULO II

En el amplio salón de elevado techo de la calle de Varennes, erguida en el fondo de un gran sillón de tapicería, está sentada madrina con una labor de calceta sobre las rodillas. A través de las persianas semi-cerradas entra un dulce rayo de sol; y, macizo, puesto sobre cuatro columnas de mármol, indiferente á todo lo que le rodea, un vetusto reloj Imperio marca los segundos con recio tic-tac que escande secamente el paso de las horas. Se nota por la estancia un vago olor á espliego, á clausura y á moho. Pesados muebles de ébano y cobre se anquilosan entre las puertas, incómodos y duros sillones duermen bajo las incoloras fundas. Ni una flor, ni una plan-